



Prat

José M. Torres Fuentes

Este que desde el azul billete
observa nuestras almas
con mirada paternal, alerta
es el capitán Prat, de la Esmeralda.

Catalán y criollo
el perfil de su estampa.

Infante de padre ausente.
Cadete en la Armada
con tan sólo diez años.
Delfín de espada temprana.

Bajo las lunas marinas
el mar azotó su infancia
entre muelles lejanos
pelicanos y nostalgia.

Maduró en las cubiertas
bajo arboladuras blancas
atisbando en los mares
estrellas y batallas.

Cuando tuvo descanso
se embarcó en las aulas.
Fue abogado de las olas
atardeceres y algas.

La Ley de Navegación
por Prat revisada
rigió por todo un siglo
mares, puertos y playas.

Sirvió en forma insaciable.
Hasta enseñó sin sueldo
en una escuela nocturna
a sus alumnos obreros.

Por ser hombre de bondad
conoció el amor sincero
de su mujer, Carmela.
De su amor fue caballero.



Marino amante de la patria.
Chileno amante de su pueblo.

Cuando desde Trafalgar
a Iquique llegaron los vientos,
quiso entrar para siempre
en los corazones chilenos.

Una joven viuda porteña
lloró junto a dos pequeños
y en la plaza Victoria
se acongojó el gomero.

Como nunca en la historia
se unió nuestro pueblo
y no hubo fiera más fiera
que el airado león chileno...

Y a más de doce décadas
de camino en el tiempo
una oscura pieza teatral
sin ningún fundamento
tergiversó su historia
y desvirtuó su genio.

Patrocinantes y autores
desconcentraron al pueblo
y con pestilente fama
acicalaron sus egos,
aunque en la torcida trama
airearon sus propios complejos.

Pero en el azul billete
con sus ojos serenos
de paternal mirada,
de treinta y un años bellos,
el generoso capitán
sigue amando a los chilenos.

Sólo sufre, si está ausente
de los bolsillos del pueblo.